

LA UTOPIA DE LA INSULARIDAD CULTURAL COSTARRICENSE

Carlos Molina Jiménez

Es parte de nuestro imaginario colectivo (quizá su componente más ruin), la idea de que nuestra posición geográfica es un mero accidente infortunado, porque Costa Rica no es en verdad Centroamérica. Alguna vez un presidente de la República lo expresó así, sin ambages, con toda crudeza.

Tratando de penetrar en la sustancia conceptual de esta creencia, podemos formular un planteamiento como el siguiente: en principio Costa Rica sólo comparte con Centroamérica el plano de la extensión cartesiana, de la continuidad espacial; porque humanamente, en términos culturales y étnicos, nuestro país es una isla, sin vínculos ni denominadores comunes que lo unan a la región. Nuestra centroamericanidad sería algo así como la corporalidad para un platónico: una especie de cárcel geográfica ante la que sólo cabe el reconocimiento resignado, la aceptación de la fatalidad.

Dicho así, explícitamente, esta tesis suena grotesca y posiblemente pierde poder de persuasión en la medida en que contraría algunas evidencias cognoscitivas y convicciones morales. Pero tácitamente constituye el núcleo significativo de muchas de las actitudes, certezas y acciones que los costarricenses desplegamos frente a los demás centroamericanos. Hay una fuerte propensión a verlos como seres exóticos, extraños (esto es, plenos de ajenidad); nosotros somos "nosotros" el sujeto que profiere la palabra, el principio activo que organiza el mundo y le da sentido.

Ellos son "ellos" no "ustedes"; es decir, no sujetos que convocamos a participar con nosotros en condiciones de paridad, sino comportamientos sorprendentes, incomprensibles que contemplamos con un distanciamiento previsor.

Ellos son "ellos" no "ustedes"; es decir, no sujetos que convocamos a participar con nosotros en condiciones de paridad, sino comportamientos sorprendentes, incomprensibles que contemplamos con un distanciamiento previsor. Nosotros somos civilizados, ellos medio salvajes; nosotros blancos, ellos indios; nosotros cultos, ellos analfabetos. Por consiguiente lo que procede es aislarnos, cultivar nuestra insularidad, relacionarnos con esos "extraños" sólo en cuanto no podamos evitarlo, pero deplorando siempre el tener que hacerlo. El proceso de la comunicación, que actualiza en la práctica el reconocimiento humano, se cierra al interior del "nosotros".

UTOPIA PERVERSA

Esta es una utopía perversa que ha arraigado fuertemente en nuestra mentalidad colectiva. Se fue constituyendo históricamente a la manera de un complemento y acompañamiento fantásticos de nuestro proceso de particularización nacional. Es esencialmente el producto de la interpretación de ese proceso en clave chovinista y autocomplaciente, el precipitado cultural de una actitud jactanciosa y ofensiva que sólo puede valorar lo propio menospreciando lo ajeno. Plantea así la idea del exclusivismo, de la excepcionalidad como condición característica, pauta orientadora y meta de nuestra nacionalidad. Aspira a un aislamiento egoísta, en el que la preservación del bien propio se sustenta en la exclusión de los otros. Hay aquí un paradójico sentimiento de superioridad vulnerable, amenazado, potencialmente agresivo, que debe cuidarse de permanecer sin contaminación.

Existen varios mecanismos (que podríamos denominar con cierta impropiedad gnoseológicos) que han intervenido en el montaje de esta construcción. Uno de ellos estriba en la "metafísización" de ciertas características colectivas. Se las presenta como pertenencias sustanciales, inherentes esencialmente a nuestro ser, cuando en realidad se trata de formaciones históricas, circunstanciales, cuya posesión es precaria y condicionada. De este modo se constituye una idiosincrasia nacional transhistórica, que obraría como el fundamento de nuestra historia en vez de ser su producto.

Otro recurso empleado lo podemos llamar la "destemporalización". Consiste en proyectar, indefinidamente, hacia el pasado y el futuro, ciertos aspectos cuya vigencia se encuentra limitada a un período histórico concreto. Esto nos permite pensar, en algunos casos, que siempre hemos sido y seremos como actualmente somos; y en otros, que lo que nos pasa ahora es un mero contratempo, un desvío accidental, porque somos (de derecho) como hemos sido.

Ocurre esto en el caso de la democracia. La vemos como un elemento que siempre nos ha distinguido de Centroamérica: hacemos caso omiso de toda precisión temporal, de cualquier dato que venga a relativizar esta convicción.

También, en un plano relacional, está el dispositivo ideológico de asumírnos como modelo. Aquí la identidad se plantea como la base de la disparidad: "nosotros" somos la norma respecto de la cual "ellos" están llenos de privaciones y defectos. "Nosotros" constituimos la plenitud; "ellos", la realización trunca y aberrante. Solo tomándonos como referencia ideal, podrán "ellos" mejorar; es decir, parecerse a "nosotros". Los problemas que tienen, no son más que la expiación a esa gran culpa: diferir de "nosotros".

Proclamándonos el modelo con respecto al cual todos deben medir su forma de ser, implantamos el principio de nuestra superioridad; y

**practicando la comparación
amañada, podemos demostrar eso.
Así funciona el esquema (pseudo)
lógico que sustenta el mito de la
excepcionalidad costarricense.**

Por último, está la técnica de la comparación amañada. La comparación es un procedimiento intelectual de gran valor, sobre todo porque sirve para descubrir y determinar la diferencia. Con ello enriquecemos y precisamos nuestra representación de la realidad. Pero esta técnica puede ser también utilizada como arma para la degradación y minusvaloración del otro y para la consiguiente celebración de sí mismo. Así utilizada nos lleva siempre a percibir, no la divergencia o la alternativa, sino la falta, el error, la distorsión. Los ticos contamos, frente a los demás centroamericanos, con un bagaje de comparaciones tópicas, consabidas, que nos llevan a resultados preestablecidos. La trampa estriba en que seleccionamos de antemano los puntos de cotejo, de manera que no podemos menos que salir victoriosos. La fórmula básica de estas comparaciones, expuesta en su desnudez, revela sus ridículas pretensiones: "comparémonos pero sólo en aquellos aspectos donde usted es débil y yo soy el fuerte". Así, por ejemplo, solemos establecer contrastes en materia de convivencia sociopolítica, aspecto en el que actualmente tenemos ventajas; pero omitimos parangonarnos en los planos, demos por caso, de la cultura popular y de las aportaciones a la cultura universal, en los cuales por lo menos dos pueblos centroamericanos (Guatemala y Nicaragua), nos llevan ampliamente la delantera.

"Metafisizando" nuestra indole, destemporalizando los resultados de nuestra historia, cortamos el tejido sociohistórico que nos une a Centroamérica, erigimos la cortina ideológica que sella nuestra insularidad. Proclamándonos el modelo con respecto al cual todos deben medir su forma de ser, implantamos el principio de nuestra superioridad; y practicando la comparación

amañada, podemos demostrar eso (y posiblemente cualquier otra cosa)... Así funciona el esquema (pseudo) lógico que sustenta el mito de la excepcionalidad costarricense.

HACIA UNA VISTA MÁS HOLÍSTICA

Los ticos debemos despojarnos de todas estas falsas presunciones, para aprender a pensar correctamente sobre nosotros mismos en Centroamérica. Esto no implica desconocer y desvalorizar nuestra diferencia. Involucra, eso sí, no asumir esa diferencia ipso facto como superioridad, así como tener en cuenta toda la diferencia, integralmente, tanto en lo bueno como en lo malo.

También hemos de llegar a saber mirar a Centroamérica, a ser capaces de captar toda la enorme variedad centroamericana (sólo Guatemala contiene más de una veintena de etnias indígenas). Esta diversidad nos ha estado siempre oculta, encubierta por el planteo simplista: ellos y nosotros, que homogeniza burdamente, en términos de mera antítesis, al resto de la región. Si no logramos superar estos esquematismos, corremos el riesgo de no ver oportunamente algunos aspectos relevantes (entre otros, el portentoso poderío económico guatemalteco, prácticamente incontrastable para nosotros; o la extraordinaria aptitud empresarial de amplios sectores del pueblo salvadoreño). Si no empezamos a pensar que estamos en Centroamérica y que esto nos concierne, podemos llevarnos sorpresas desagradables, muy distintas a nuestras expectativas de predominio costarricense por "derecho natural". Este punto nos enseña que no basta con conocer nuestra diferencia y saber interpretarla sensatamente, sin infundadas soberbias; es, asimismo, preciso que conozcamos y sepamos interpretar afinadamente las otras diferencias, porque éstas también existen y son importantes.

Otra cuestión que no podemos soslayar: la real comprensión de nosotros mismos envuelve la comprensión de Centroamérica.

Simplemente porque no somos extraterrestres recién aterrizados en esta parte del planeta. Somos una variante de lo centroamericano, nuestra diferencia se recorta sobre el telón de fondo de una historia y de un paisaje comunes, de un estatus internacional análogo. Nos hemos construido en continua interacción con las demás sociedades del área; no somos el producto únicamente de nuestro devenir interno, complementado por las influencias extrarregionales. Por ello, sin la consideración de Centroamérica no podemos ni siquiera empezar a entendernos cabalmente a nosotros mismos. ¿Cómo valorar y discernir lo específico si no conocemos lo genérico? ¿Podemos reconocer acertadamente nuestra identidad si ignoramos el tronco común de la historia centroamericana y los influjos recíprocos? ¿Seremos capaces de aquilatar lo propio de nuestras respuestas, sin tener en cuenta las otras respuestas dadas en la comarca ante desafíos y posibilidades semejantes? E inversamente, cuando las circunstancias han sido muy distintas, ¿no será necesario integrar este dato para comprender la diversidad de las respuestas? El presente punto muestra que no podemos entender nuestra diferencia si no entendemos aquello respecto de lo cual ella opera como diferencia. La idea de ser pura diferencia es un absurdo manifiesto.

Los costarricenses tenemos que romper el cascarón de vanagloria nacional que nos aísla de Centroamérica. De no ser así, la historia ulterior se encargará de hacerlo por nosotros. Tenemos que osar vivir al aire libre, sin ese caparazón protector. Es preciso convencernos de que podemos afirmar lo propio y afirmar a la vez lo diverso, y que con ello salimos gananciosos todos, nosotros y los otros. Es cuestión solamente de admitir que el otro tiene tanto derecho a ser otro como nosotros a ser nosotros mismos . . . porque, después de todo, nosotros también somos el otro del otro.